

Eduardo Ruiz Contardo

In memoriam

El 25 de mayo de 2011, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en Ciudad Universitaria, rindió un sentido y emotivo homenaje a la memoria de nuestro compañero Eduardo Ruiz Contardo, quien falleciera el 21 de abril del mismo año. En las siguientes páginas reproducimos las intervenciones, cargadas de un profundo sentimiento, de amigos, compañeros y familiares que estuvieron presentes o enviaron sus mensajes.

Educador en la política y la docencia

José María Calderón Rodríguez,
el amigo mexicano,
colega investigador del CELA, FCPYS

El Dr. Oscar Eduardo Ruiz Contardo murió el pasado 21 de abril. Los miembros del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) sentimos profundamente su deceso. Eduardo fue ante todo un educador: en la política y la docencia, en su papel como organizador académico y como diseñador de alternativas y proyectos políticos. Y si es verdad que fue ante todo un educador, podemos enfatizar con todas sus letras la vocación de Eduardo por la política, entendida no como negociación y acuerdos para dar pie en lo inmediato a opciones y equilibrios partidarios sino la política entendida como diseños estratégicos: lo mismo para la organización política que para la universidad o para la reflexión sobre la coyuntura, el mediano o largo plazos. Eduardo siempre reflexionó políticamente y ésta fue, a mi modo de ver, su mayor virtud, lo que le permitía ver más lejos que los demás, lo que lo convertía en un orientador y guía imprescindible.

Hoy Eduardo no está más con nosotros. Pero permanece como una herencia fundamental, pues precisamente por su perspicaz visión estratégica sentó las bases fundamentales que hoy están presentes en nuestro Centro de Estudios Latinoamericanos: la visión latinoamericanista que toma en cuenta tanto las realidades nacionales como la perspectiva continental; la tolerancia frente al uso múltiple y diverso, coincidente o antagonista, de las ideas, y la afirmación de la esencia académica del quehacer universitario frente a los deslices administrativistas y tecnocráticos. Para Eduardo estaba claro que en los asuntos universitarios deberían prevalecer las prioridades académicas, y cuando así no fue estuvo siempre dispuesto a batirse sin reclamar a nadie que lo acompañase, por más quijotescas que parecieran sus batallas. Todos estos elementos son y constituyen una parte muy importante de la herencia que Eduardo Ruiz deja a todos los que tuvimos la oportunidad de compartir momentos memorables en donde se combinaban la experiencia biográfica, el conocimiento sociológico, la sabiduría resultado de la elaboración propia de otras vivencias intelectualmente vigorosas como las de Salvador Allende o Clodomiro Almeida, Carlos Quijano, Sergio Bagú o Ruy Mauro Marini, Rafael Menjívar o Enrique Valencia.

Eduardo Ruiz nació en Chile el 4 de diciembre de 1934. En 1962 se tituló como licenciado en Derecho por la Universidad de Chile, y en 1968 en Sociología por la misma Universidad. Este mismo año obtuvo el doctorado en Sociología por la Universidad de París, Francia.

Durante el gobierno de la Unidad Popular fue Vicerrector de la sede Santiago Oriente de la Universidad de Chile, de septiembre de 1972 a septiembre de 1973. Después del golpe pinochetista-estadounidense se exilió en México en 1974. De abril de 1975 a marzo de 1979, y de 1996 a 1997, Eduardo Ruiz fue coordinador del Centro de Estudios Latinoamericanos. En 1978 fue también coordinador de la especialidad de Estudios Latinoamericanos y miembro de la Comisión Dictaminadora de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS) de nuestra Universidad. De marzo de 1979 a enero de 1982 ocupó el cargo de jefe del departamento de Sociología de la FCPYS de la UNAM. De 1993 a 2001 fue miembro del consejo interno de la División de Estudios de Posgrado e integrante de la comisión de admisión para aspirantes de nuevo ingreso para la maestría y doctorado en Estudios Latinoamericanos de la misma División en la FCPYS, UNAM.

De 1974 a la fecha de su deceso, Eduardo Ruiz Contardo fue miembro del Centro de Estudios Latinoamericanos de nuestra Facultad.

Eduardo deja reflexiones muy importantes sobre la política y la sociedad latinoamericanas de la segunda mitad del siglo xx y principios del siglo xxi, y de las cuales destacaré: “Análisis de los cambios políticos en el siglo xx: de la dominación oligárquica a la neo-oligarquización”; “La integración latinoamericana como alternativa para el siglo xxi y como alternativa frente al neoliberalismo, a la neojerarquización de la dominación, al acoso a la universidad pública y a la educación gratuita”, y “Transformaciones de los sistemas políticos como resultado del neoliberalismo en América Latina”.

Otros temas que merecieron la atención de Eduardo Ruiz Contardo durante la segunda mitad del siglo xx, invitado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y el Proyecto Lázaro Cárdenas fueron: 1. Concentración económica, modificaciones en la estructura de poder, la democracia y la gobernabilidad en América Latina (1993-1999); 2. Conflictos y luchas en América Latina (1988); 3. Vigencia del corporativismo en la participación política popular en América Latina (1984); 4. Corporativismo y participación popular en América Latina (1982-1983); 5. Crisis capitalista y conflictos políticos en América Latina (1982-1983), y 6. Militarismo y estructura de poder en América Latina (1982-1983).

Con el paso de los años y la profundización de sus investigaciones, América Latina se transformó, para Eduardo, en una realidad socio-política de gran importancia, a la que había que estudiar tanto desde la perspectiva de las naciones que la conforman como desde el ángulo visual del imperialismo estadounidense que distorsiona sus procesos e impide su desarrollo económico y democrático.

Eduardo deja una huella imborrable como docente en los niveles de licenciatura y posgrado, y una lista difícil de enumerar de tesis de licenciatura dirigidas, tutorías de maestría y doctorado.

Como parte de su vocación de docente e investigador, y con el entusiasmo de quien ve la docencia, la investigación y la difusión universitaria como una tarea integral, como una totalidad que hace de la universidad pública la quintaesencia del saber renacentista, ilustrado y desinteresado, Eduardo concibió el *Seminario Permanente de Análisis Político de América Latina y el Caribe* como el espacio integrador de esos tres momentos. En este seminario deberían confluír los profesores e investigadores que tenían algo qué decir sobre los complejos procesos

político-sociales de nuestra región y lo transmitirían como docentes y difusores del conocimiento en construcción y en movimiento a estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado, así como al público interesado. En 2004, el CELA de la FCPYS y el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México constituyeron el *Seminario Permanente de Análisis Político de América Latina y el Caribe*. Desde entonces, este Seminario se ha llevado a cabo, ininterrumpidamente, mes con mes, con la participación de los mejores exponentes de la investigación social sobre América Latina y el Caribe. A partir del 25 de abril de 2011 se tomó la decisión de que el Seminario adoptara el nombre de *Seminario Permanente de Análisis Político de América Latina y el Caribe "Eduardo Ruiz Contardo"*.

Denme la oportunidad de concluir este breve escrito en homenaje a Eduardo Ruiz dando a conocer a ustedes una muestra de sus ideas. Me refiero a uno de sus últimos escritos, "Efectos del modelo de acumulación neoliberal. Recuento de sus daños e intenciones refundacionales", publicado en *La hidra multicéfala. Los rostros del capitalismo que muta: globalización, privatismo, democratismo y violencia*, México, UNAM, 2010. En este artículo Eduardo escribió:

De alguna forma ha sido la reconstrucción de lo nacional popular con búsquedas de reconstrucción de un Estado que surge a partir de las luchas antioligárquicas. También se ha buscado que recupere y defienda ante el imperialismo y las transnacionales los recursos naturales; que la riqueza sea redistribuida con beneficio popular; que el Estado vuelva a ser promotor económico y proyecte una perspectiva de desarrollo; que se recuperen los servicios sociales del Estado, y que éste ejerza un verdadero control sobre las empresas privadas y el capital extranjero. De hecho, entonces, se trata de recuperar la sociedad, la economía y las instituciones que el imperialismo y las derechas latinoamericanas han escamoteado, modificando la secuencia histórica que se había entendido como efecto de la liberación antioligárquica y que durante algunas décadas tuvieron alguna construcción. Se trata entonces, en situaciones más modernas, de retomar las luchas contra una *neooligarquización* promovida por la aplicación de una acumulación diseñada para refrendar un capitalismo que jamás ha logrado un verdadero despegue económico en nuestros países y que no ha ofrecido condiciones universales de bienestar a sus respectivas poblaciones (pp. 206 y 207).

¡Gracias!

Eduardo Ruiz Contardo: maestro, amigo, aventurero y socialista siempre

Raquel Sosa Elízaga,
la amiga mexicana,
investigadora del CELA, FCPYS

La memoria de Chile que tenemos todos sus colegas y estudiantes mexicanos ha sido teñida del color de los ojos de Eduardo Ruiz. Él nos enseñó lo que eran la vida estudiantil, los debates universitarios, el sentido profundo de la universidad pública, un modo de estar en estas paredes que no fuera el de la sumisión o, como él la llamaba, la obsecuencia.

Pocos como él se negaron a rendirse, porque el riesgo de quedarse solo era tan alto, que sólo un luchador empedernido podía mirar de frente a sus adversarios y señalar, con esa su voz airada, el modo inaceptable en que nuestras instituciones inexorablemente se convertían en dóciles repetidoras del canon neoliberal.

De nuestros últimos tiempos juntos en el CELA, cuando organizamos los eventos del cincuenta aniversario, no dejó de repetir que teníamos pendiente la exigencia de nuestros países de estar a la altura de las transformaciones necesarias, y que la academia, particularmente en las ciencias sociales, no podía darse el lujo de ser banal, facilitadora, adorno colonial.

En el Centro de Estudios Políticos, donde lo conocimos recién llegado; en el CELA, al que nos dedicó treinta y cinco años; en la carrera de Sociología y, desde luego, en nuestro Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Eduardo formó grupos de amigos, de camaradas, de cómplices. Las discusiones políticas de sus seminarios, nuestros larguísimos encuentros y charlas, y su participación terminante e intransigente en cientos de eventos de debate latinoamericanista nos ayudaron a todos a trazar líneas de continuidad donde muchos sólo veían derrota y desesperanza. En particular, ese análisis suyo de la neooligarquización del subcontinente es, indudablemente, uno de los hallazgos más reveladores y de mayor profundidad del carácter de nuestras contradicciones contemporáneas.

Eduardo era uno de esos viajeros que describen las crónicas latinoamericanas del siglo antepasado. Siempre atento, siempre capaz de extraer verdades significativas de charlas, de la lectura de periódicos, de su peculiar forma de estar presente en los movimientos por la libertad en todos los territorios que pisó de nuestra América.

Y así nos relataba sus visiones de Uruguay, de Argentina, de Brasil, de Cuba, de su entrañabilísimo Chile. Si algo nos hizo latinoamericanistas a cientos de sus compañeros y estudiantes fue saber que en todos los pueblos de las otras fronteras de este sur había, hay seres humanos, sobre todo jóvenes, activos, inteligentes y dispuestos a seguir luchando, a no conformarse, incluso cuando se declara la existencia de un gobierno de izquierda, o el atrincheramiento de un partido de izquierda, pero se mantienen vínculos ominosos con las prácticas y los marcos establecidos por la institucionalidad creada por el capitalismo depredador.

Amante de la naturaleza, de la literatura policíaca, de sus hijos y de las mujeres que le acompañaron en distintos tramos de su vida seminómada, Eduardo encontró en Tlayacapan y, alternativamente, en el cubículo del CELA que compartió con nuestra querida Irene Sánchez, con las fotos de Humphrey Bogart y de Salvador Allende, refugios propicios para conspirar, para reflexionar, para enojarse todo el tiempo cuando las tercas realidades insistían en mostrarse ajenas a sus anhelos de libertad. Desde allí nos mostró siempre que no le temía a las oscuridades, que todo podía aprenderse y descubrirse –como nos enseñó nuestro también querido Sergio Bagú–, y que era necesario que siempre fuéramos suficientemente valientes, suficientemente honestos, suficientemente rápidos para reconocer las verdades aunque fueran amargas.

Por eso escribo estas notas un poco enojada con él; porque en sus últimos años, cuando sabía que estaba enfermo, porque todos lo vimos, nos dijo con gran convicción que había decidido bajar de peso, que estaba bien, y cortó de tajo toda posibilidad de que lo acompañáramos de verdad en ese pasaje. No nos mostró dolor, no se quejó nunca de nada, y jamás permitió que alguno de nosotros violara su protegidísima intimidad para mostrarle, tal vez, un afecto que él seguramente presintió que podía debilitarlo. Hasta el día de hoy, nunca le hicimos un homenaje, y como ya lo sabía, prefirió ausentarse antes de tener que negarse. Prefirió pelearse con varios de nosotros por cualquier cosa, y en el remarcaje de su frontera, esa última frontera de su vida, fue más que intransigente, diría, duro, como los duros que pelearon los años de la República española –de la que tanto y tanto hablamos–, como los duros mineros bolivianos de los años cincuenta, como los duros trabajadores de Chile, como sus entrañables hermanos cubanos.

Así que esto es lo que nos hereda Eduardo Ruiz Contardo: una vida de lucha, de pie, sin rendirse. Sólo con la consigna de estar, sin que a nadie le extrañe, como tantas veces, en otra parte.

Eduardo: cúmulo de experiencias compartidas

*Beatriz Stolowicz,**
la compañera de vida, camarada y colega,
profesora e investigadora en la
Universidad Autónoma Metropolitana

Eduardo aseguraba que nos habíamos cruzado en su sede Oriente de “la Chile” en noviembre de 1970. Mi delegación a la asunción de Allende funcionaba con los compañeros del Pedagógico, con Orel Viciani. Mi reencuentro con Víctor Jara, que un año antes se había alojado en mi casa. La salida de Marcoleta 96 con la Brigada Ramona Parra para pintar esas bardas inmensas. La llegada de la delegación cubana, presidida por Nicolás Guillén, quien caminaba por la pista del aeropuerto en un traje gris claro que le destacaba aún más esa cabeza blanca como nieve. El balcón de La Moneda, en la esquina de Morandé, desde el que Allende, con la banda presidencial, saludaba, acompañado por José Tohá. Balcón que siempre vuelvo a mirar cuando voy a Chile, y no esa fea estatua a un costado. Esto formó parte de los interrogatorios de Castiglioni, jefe del Departamento 5 de Inteligencia y Enlace, cuando estuve presa pocos años después. Eduardo se salvó de un fusilamiento.

También nos cruzamos aquí, en 1977, en las Jornadas de la Cultura Uruguaya en el Exilio. Eduardo organizó la mesa sobre Universidad con Lucía Sala, el también rector en el exilio Samuel Lichtensztein y con Carlos Quijano. Y nos cruzamos en Casa Chile, que fue nuestra primera casa.

Yo había llegado de Perú, de mi segundo país de exilio después de Argentina. Eduardo de Panamá, y con el paraguas que le regaló Omar Torrijos. Los dos veníamos de universidades democráticas comprometidas con los intereses populares e intervenidas por los golpistas. Los dos éramos militantes de partido: yo del Comunista, Eduardo del Socialista, aunque sus inicios políticos habían sido también en la Juventud Comunista. La Unidad Popular y el Frente Amplio habían producido finalmente el reencuentro unitario de socialistas y comunistas. Ese espíritu unitario que Eduardo defendió siempre. Y así, en esta Facultad de Ciencias Políticas y Sociales unimos el siguiente tramo de nuestros exilios.

Fue una forma de vivir el latinoamericanismo. Pero quizás, en este sentido, fue mucho más intensa la siguiente etapa, la de la vuelta al Sur, para luchar desde más

* Texto leído por Luciana Ruiz Stolowicz, hija de Eduardo y Beatriz.

cerca contra las dictaduras. Pensábamos hacerlo desde Argentina cuando cayó esa dictadura en 1983, y en 1984 establecimos allí una base; a finales de ese mismo año comenzamos a instalar otra en Uruguay. Pero era sólo mi desexilio, en Chile arreciaba la represión tras las protestas. En 1985 había gobiernos civiles también en Brasil y Uruguay, pero seguían intactos los aparatos militares, sus escaramuzas y acciones de chantaje. La ida al Sur seguía siendo difícil.

Esa fue una etapa muy intensa de la labor latinoamericanista de Eduardo: la realizó desde la Secretaría Ejecutiva de la Coordinadora Socialista de América Latina, elegido en la reunión en Perú en 1985; la realizó mediante los esfuerzos de apoyo para crear centros de pensamiento social de izquierda tras el arrasamiento de las dictaduras. No había mucho más que el CICSO en Buenos Aires, dirigido por Beba Balvé, que contribuyó a reactivar CLACSO; la realizó en el intenso y difícil trabajo de preparación del Congreso de ALAS de marzo de 1986 en Río de Janeiro, presidido por Theotônio, y con el fundamental apoyo desde aquí del CELA y de Don Pablo González Casanova, que seguían siendo los pilares de la construcción y reconstrucción del latinoamericanismo en la región, también de la preparación del Congreso de 1988 en Montevideo.

Eduardo viajaba todo el tiempo entre México y la región. Cada vez que volvía a México, alguna vez lo hicimos juntos, contábamos de lo que en el Sur ocurría a un ávido Don Sergio Bagú, que había repartido su vida y biografía en todos esos países.

También esos fueron los años del comienzo del regreso al Sur de los cubanos, por el restablecimiento de relaciones diplomáticas de esos nuevos gobiernos civiles tras más de veinte años de infames rupturas, exceptuando a México. La instalación de las embajadas. La presencia en el Sur de los investigadores del Centro de Estudios sobre América de Cuba, en cuya fundación, en 1979, Eduardo había participado.

Desde el Sur, Eduardo fortaleció otro espacio regional de solidaridad con Chile. Por ejemplo, en 1986 o 1987, no recuerdo bien, Pinochet expulsó de las universidades de todo el país a cientos de estudiantes luchadores contra la dictadura, algunos a punto de terminar la carrera. Organizamos el refugio de decenas de ellos en Uruguay. Con el apoyo de la Universidad de la República, siendo nuevamente su rector Samuel Lichtensztein, continuaron sus estudios. Se alquiló una viejísima casa escaleras arriba, en el barrio La Aguada, cerca del Palacio Legislativo. El sindicato de la construcción ayudó a arreglarla, el sindicato textil aportó las frazadas,

y así. Algunos de esos estudiantes chilenos, integrados plenamente al movimiento estudiantil uruguayo, llegaron a ocupar tareas de dirección en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay.

Pero también fueron tiempos fundamentales de acercamiento geográfico a los orígenes, y a su familia. El reencuentro fue en Mendoza, en abril de 1985. A su madre, la señora Olga, no la veía desde hacía 10 años; no había visto a dos de sus tres hermanas desde el golpe; la otra estaba exiliada en Venezuela, quien, por cierto, años después fue testigo del asesinato a mansalva en el Caracazo. Llegarían su madre y sus tres hermanas, su hija mayor Astrid y su cuñado, cruzando en auto la cordillera. Nosotros desde Buenos Aires partimos a Mendoza. Nos dijeron a qué calle llegar para el punto de encuentro: una esquina de cruce con las vías del tren. Pasaron dos o tres horas después de la hora fijada. Eduardo no dejó de caminar, silencioso, por esas vías del tren. Al día siguiente, en un cuartito de hotel y con un pastelito comprado en una panadería, festejamos en familia el segundo cumpleaños de nuestra hija Luciana.

La vuelta a los orígenes geográficos y biográficos, esa “parábola de la vida”, como decía Eduardo, había cambiado para los dos. Dos países y dos procesos fundacionales que debían ser, y eran, compartidos. En medio de la intensidad de vivencias y acciones de cada uno reflexionábamos sobre sus significados, sobre ese nuevo latinoamericanismo que experimentábamos. Lo hacíamos buena parte del tiempo por carta.

Los exilios y las cartas. Siempre buscando viajeros, mensajeros confiables. Atravesando ciudades para llevar y recoger esos sobres. Entre todos nos avisábamos de un portador posible. Es que en esas hojas escritas de puño y letra, a veces con una foto, estaba el contacto físico que nos había sido negado. En ellas se encuentra parte de la historia de nuestro continente, que muchos guardamos. Como lo estuvo en la literatura de las guerras y la entreguerra, de la Guerra Civil española, desde Europa a China, que a Eduardo tanto le apasionaba.

Voy a compartir con ustedes unos párrafos de una larga carta que Eduardo me escribió, después del encuentro en Mendoza, en la que reflexionaba sobre su historia familiar y personal, sobre nuestros caminos. Decía:

Leyendo a Hemingway y su vida, más bien siguiendo con el tema de “la condición humana” a través de él, entiendo la permanencia del pensamiento religioso y la dificultad de competir con él que tenemos los materialistas. Los aventajamos largo

en las explicaciones del mundo material, incluido el de las relaciones de ello con las ideas, pero no sabemos todavía de lo mal llamado espiritual. Mejor digamos de aquello más permanente, más profundo y casi inmanente. Nuestra competencia con lo religioso será incompleta mientras no lo resolvamos. Te explicarás ahora mi búsqueda de la “condición humana”. Pareciera que lo tendemos a radicar en dos cosas, que no nos distancian mucho de ellos: una idea ética de lo justo, y en cuanto relación algo más permanente que uno, lo orgánico, que podría ser el Partido. Algo muy positivista pero que nos contradice, porque esas cuestiones son productos del hombre. Volvemos al punto de partida: ¿cómo explicamos lo esencial al hombre?; ¿qué más allá de las épocas y cambios explica su vida? Dice (y cita a Hemingway): “si uno sirve a la causa de la sociedad, la democracia y las demás cosas, y rechazando cualquier otro enlistamiento, se hace responsable sólo ante sí mismo, uno intercambia el hedor agradable y confortante de los camaradas por algo que no se puede sentir de otra forma más que a través de uno mismo”. Y sigue hablando de esto y agrega: “uno sabe un valor absoluto (...)”

Más adelante Eduardo dice:

Hay cosas que a veces sólo resultan mágicas en las discusiones políticas. Así les ponen ciertos formalismos explicativos que nunca han sido verdaderamente sensibles. No me convido de aquellos que murieron en Cantón y en Shanghai, contados por Malraux; los que murieron en España, en la resistencia clandestina soviética, francesa o yugoslava. Los que murieron en Cuba y Nicaragua, y ahora todos los días en Chile. Los que se definieron en Uruguay, en Bolivia, etcétera. En fin, todos no lo hicieron y cayeron por el materialismo histórico, aceptando que pudieran haberlo hecho sin conocerlo. Se jugaron por una “condición humana”; por las condiciones que permiten el ejercicio de una dignidad de hombres que está más allá de las cosas. A esas condiciones se les llama libertad, justicia, socialismo, etcétera. La explicación de esa condición humana, sus luchas y condiciones, dan origen a una teoría; más de una, antes teología, después filosofía. La teoría es ciencia, pero no olvidemos que surge de la filosofía. Soy marxista leninista o más sintéticamente revolucionario, porque entiendo que se juntan para explicar el fenómeno en el capitalismo, una teoría con una voluntad, pero en definitiva ambas surgen de una concepción del hombre, (...) la lucha de los pueblos por su propia “condición humana” (...)

Al norte del continente todavía estaban sus otros hijos: Carlos, Rodrigo y Fernando, y también debíamos compartir esas responsabilidades familiares; por eso mi retorno a México, que yo lo pensaba de manera temporal. Después nació nuestro hijo Gonzalo. Los planes se movían, se dificultaban. Y lentamente empezamos a construir una nueva etapa, la del transtierro, aquí en México, para continuar con

nuestro latinoamericanismo. En la década de los noventa, la solidaridad con Cuba fue un eje de nuestros esfuerzos.

Como dije hace algunos días: en estos años seguimos compartiendo las preocupaciones, las concepciones teóricas y el sentido de lo que hacemos. Por eso estoy hoy aquí, para rendir homenaje a un camarada y un colega con el que compartí construcciones diversas durante veinte años, que está vivo en nuestros dos hijos, y en nuestros compromisos perennes en la pelea por condiciones humanas para nuestros pueblos.

¡Hasta la victoria siempre, Eduardo!

Eduardo Ruiz: palabras para despedir a un amigo

José Miguel Candia,
el amigo argentino,
colega y discípulo de la FCPYS

No eran tiempos para conservar la calma ni aplacar los ánimos para guardar equidistancias. Sistematizar experiencias propias, extraer conclusiones útiles de lo actuado, formular nuevos imaginarios y buscar caminos novedosos a partir de lo bueno y de lo malo de cada trayectoria analizada ha sido siempre una tarea ardua y a veces ingrata. Todo resulta más difícil cuando está precedida de derrotas colectivas y, en ocasiones, de derrumbes personales. Ya no recuerdo quién me sugirió que me inscribiera al seminario que impartía Eduardo Ruiz Contardo, pero en agosto de 1978 tuve mi primer contacto personal con quien asumió la responsabilidad múltiple de ordenar lecturas, proponer temas y pelear contra-corriente con el estado de ánimo –entre pesimista y exaltado– de un grupo de alumnos tan variopinto como respondón. Por formación profesional, origen geográfico y trayectorias de vida, los alumnos que asistíamos a esas clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM éramos una mezcla de pasión militante y voluntad política orientada a la búsqueda frenética de estrategias que salvaran los errores de un pasado tan cercano como trágico, y permitieran a la izquierda latinoamericana recuperar la iniciativa.

Eduardo lo sabía, entre su auditorio había compañeros mexicanos y estudiantes centroamericanos y sudamericanos, los debates transitaban por carriles temáticos previsibles. Los alumnos mexicanos volvían con justificado énfasis al trabajo de

revisión crítica del movimiento estudiantil de 1968, la insurgencia guerrillera de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, y las vicisitudes de la “corriente sindical democrática” de Rafael Galván. Los sudamericanos discutíamos los errores de la izquierda ante los procesos regresivos que significaron los golpes de Estado de Bolivia en agosto de 1971, Uruguay en junio de 1973, Chile en septiembre del mismo año y Argentina en marzo de 1976. No resultaba fácil sistematizar experiencias cercanas pero cargadas de especificidades nacionales o valorar en su justo término el papel de las fuerzas y actores políticos antes y durante el desarrollo de coyunturas que tuvieron una “resolución catastrófica”. La crisis de conducción de los movimientos políticos que alentaron, durante los años setenta, la esperanza de la izquierda en algunos países del Cono Sur mermó el entusiasmo de toda una generación y creó un caldo de cultivo favorable para las más sofisticadas formas de pesimismo. La derrota de Estados Unidos en Vietnam, el recuerdo heroico de Argelia o la independencia de Angola con el apoyo solidario y militante del gobierno cubano, apenas alcanzaban para poner paños tibios y mitigar la realidad adversa de países próximos en la geografía y en los afectos. El final del breve mandato del general Juan José Torres en Bolivia, el trágico derrocamiento del gobierno del presidente Salvador Allende en Chile, la desarticulación del Frente Amplio en Uruguay y la degradación y derrumbe del gobierno peronista en Argentina, constituían antecedentes poco alentadores para quienes se habían impuesto como tarea elaborar el balance de lo actuado y hacer acopio de ideas y voluntades para iniciar un nuevo ciclo de ofensivas populares.

Eduardo Ruiz tuvo a su cargo la nada fácil tarea de moderar el espíritu “incendiario” de algunos y mitigar el pesimismo de otros. Si la derrota era de carácter “epocal” y por lo tanto marcaba el inicio de un ciclo de largo plazo favorable a las clases dominantes, sólo había dos caminos: reiniciar bajo nuevas premisas la lucha armada o conformarse con mirar el paso de la historia hasta tanto el péndulo de las iniciativas políticas se trasladara nuevamente al campo de las fuerzas populares. El profesor Ruiz nos condujo a pensar el momento latinoamericano desde el justo medio: no se trataba de seguir poniéndole el pecho a las balas hasta correr el riesgo de que en algún momento hubiera más “balas que pechos” ni de esperar que el tren de la historia pasara frente a las aulas de nuestra Facultad. Los procesos sociales son construcciones colectivas complejas que se forjan en un devenir de constantes avances y retrocesos, y sólo en coyunturas muy específicas pueden dar el salto cualitativo que los conduce al poder. La voluntad cuenta pero sólo es un factor real de acumulación de poder si es acompañada de una lectura correcta de cada momento histórico. La síntesis que nos ofreció el propio Eduardo Ruiz fue confirmándose en hechos posteriores. El triunfo del Frente Sandinista

y la caída de la dictadura de Somoza en julio de 1979 ratificaron algunas de las conclusiones de nuestro seminario: ni tanto ímpetu que facilitara el aniquilamiento de las fuerzas propias ni tanto pesimismo que dejara en manos de un destino incierto el futuro de nuestros pueblos.

Mi segundo encuentro con Eduardo Ruiz ocurrió muchos años después, en el doctorado en Estudios Latinoamericanos. Ese año –1997– formamos un grupo memorable que aún recordamos con cariño y al que Eduardo bautizó “cajón de sastre”. Era una especie de “cada loco con su tema”, al que Eduardo le dio un rumbo y sentido pedagógico para que Martín Linares expusiera el proyecto educativo del Movimiento de los “Sin Tierra” en Brasil; Cristina Girardo y Prudencio Mocchi desplegaran, con lujo de detalles, las experiencias del llamado “tercer sector” en Italia y sus posibles réplicas en América Latina; María José Rodríguez hablara de la participación de las fuerzas armadas latinoamericanas en tareas propiamente policiales; José Luis Piñeyro relatara aspectos desconocidos de la estrategia continental de seguridad diseñada por el Pentágono, y yo buscara con desesperación las bases de un nuevo movimiento social a partir de la experiencia de las organizaciones piqueteras y del laboratorio de las fábricas recuperadas por sus propios trabajadores en Argentina.

A pesar de ser un militante destacado del Partido Socialista Chileno, exfuncionario del gobierno de Salvador Allende y poseer una sólida formación en la literatura marxista clásica, jamás escuchamos de Eduardo una palabra de descalificación ante tanta “heterodoxia”. Había corrido mucha agua bajo el puente y los “incendiarios” de 1978 buscábamos en los nuevos actores sociales las sustancias sobre las cuales se construyera una nueva izquierda. ¿Quiénes ocupan ahora la plaza pública? Bajo esa pregunta, formulada como un enunciado destinado a fijarle un norte al debate, presentamos y discutimos mil ideas, al mismo tiempo que Eduardo nos exhortaba a no dejar en el aire lo que se trataba en clase. En voz baja supimos reconocer que para varios de nosotros el constante impulso del maestro fue un factor decisivo para que los proyectos de tesis llegaran a buen puerto. El día en que presenté mi examen de grado, Eduardo presidió la mesa examinadora; durante un paréntesis pude confesarle que la conclusión del trabajo de tesis era también un producto de su saludable terquedad.

La relación continuó por canales no institucionales, la actividad laboral y las obligaciones personales nos fueron separando, pero no faltaron los encuentros en el *Seminario Permanente sobre América Latina*, las charlas de café, las comidas casuales y las tertulias en casas de amigos comunes. De manera religiosa pasábamos, con buen ánimo, del análisis de los temas del momento a la recuperación de

las herramientas que debían consolidar un nuevo ciclo para la izquierda latinoamericana en el que se conjugaran –así lo entendíamos– el compromiso militante y la entrega de los años setenta con los nuevos paradigmas de un mundo que se transformaba a ritmos vertiginosos.

El pasado 21 de abril un llamado telefónico de Gloria Carrillo me puso frente a la realidad de un hecho que no por cotidiano, deja de amargar la boca y cortarnos la respiración: Eduardo había fallecido. El viernes 22, con un grupo de amigos y familiares, despedimos sus restos. En la Facultad de Ciencias Políticas nos reunimos unas semanas después para decirle, cada uno a su manera: *¡Hasta Siempre Compañero!*

Un adiós a nuestro profesor Eduardo

Omar Ernesto Cano Ramírez,
el alumno de la carrera de Sociología,
profesor adjunto de la FCPYS

Lo primero que me viene a la mente en un evento así es que ojalá no tuviéramos que realizarlo, que no tuviéramos que reunirnos con un motivo que nos llena de tristeza y de nostalgia. Me gustaría que nuestro profesor Eduardo siguiera aquí con nosotros.

Los recuerdos de las últimas clases que tuvimos con Eduardo me son muy especiales porque en una de ellas nos contó el trabajo que realizaba en Chile antes y durante el periodo de gobierno de Salvador Allende; cómo vivió el golpe de Estado que una cúpula militar y política realizó con el amparo de los intereses imperialistas; su repentina salida de Chile, la accidentada despedida familiar, su travesía forzada por Latinoamérica, que compartió con otros intelectuales y luchadores sociales exiliados, la cual lo trajo finalmente a México. Mientras nos relataba todo esto, a nuestro profesor se le llenaban los ojos de un brillo que expresaba nostalgia y cierta tristeza, pero también una fuerza que nos inspiraba. Y ahora que lo pienso, ese brillo, ese espíritu juvenil de lucha, siempre estaba en sus ojos, siempre fue parte de nuestro profesor. A pesar de su edad, su espíritu siempre permanecía entero, firme y consecuente. Sus ideales de lucha por una sociedad justa, sin dominación, sin explotación, sin intereses de unos sobre otros, siempre estaban presentes en sus clases, en sus pláticas, en sus bromas, en sus análisis de la realidad, en sus escritos y sus ponencias.

Expresar todo lo que nos deja nuestro profesor en unas cuantas hojas y en unos cuantos minutos me resulta complicado, y más todavía porque en tres años de haber sido su alumno en distintas clases, muchas de las cosas que nos decía en el primer semestre no las lográbamos entender: nos hablaba de correlación de fuerzas, de neooligarquización del Estado, de patrimonialismo político, de ejes, bases, cuotas de poder, del imperio de Ley, de los subsistemas políticos, de la gobernabilidad conservadora, de las democracias tuteladas, del sociologismo, del voluntarismo político, y nosotros no lográbamos entender del todo a qué se refería. Somos una generación instruida (no educada) por una mayoría de profesores y autoridades “renovados”; se nos introdujo en los estudios pragmáticos que fragmentan el mundo “ante la (supuesta) incapacidad de poder conocer la totalidad de la realidad social”; se nos mostró que ante tal incapacidad explicativa la descripción exhaustiva pero superficial es la solución. Estamos instruidos en la sociología de la obviedad y de la irrelevancia. Se nos muestra cómo ser *científicos sociales que no hacen ciencia*, para terminar creando sociología lastimosa.

Pero como el excelente profesor que era, Eduardo pronto corrigió nuestras lagunas teóricas y epistémicas, nuestras fallas de pensamiento científico y crítico, y nos enseñó a pensar por nosotros mismos, a saber interpretar y sintetizar la realidad, a entender la labor científica, la verdadera labor científica comprometida, sistemática y disciplinada.

Sus clases son ahora para nosotros un tesoro y un privilegio. Un privilegio un tanto triste, porque somos la última generación que recibe sus enseñanzas directamente de él. Porque desde hace cuatro años que fue eliminada la materia de Sociología Política del plan de estudios de la carrera de Sociología, Eduardo estaba enojado, enojado porque se nos privó de una de las materias centrales, de aquellas que revelan la verdad de las relaciones de dominación en todos los planos de la vida social (desde el Estado, el gobierno, los medios de comunicación, la Iglesia, las escuelas primarias, hasta el campo académico de nuestra universidad), y que incomodan a todo aquel que no entiende las relaciones sociales más allá del formalismo, de las instituciones o de las teorías de la Ciencia Política funcionalista, o a aquellos que las entienden pero no las revelan, porque les perjudica, van en contra de sus intereses, su sueldo y la conservación de su estatus social. Y son un tesoro porque no había otro profesor que entendiera y explicara la realidad social de una forma tan profunda y tan clara, sin limitarse a estudios holísticos o monográficos, porque entendía que ambos ayudan a sintetizar la realidad en explicaciones de alcance estructural e histórico. Entendía que detrás de toda concepción teórica había una postura ideológica, un “deber ser” de cómo pensamos

que el mundo debiera ser, o conservarse, y que negarlo es muestra de que no se entiende la labor científica y, peor aún, coadyuva a reproducir el conservadurismo en la academia, las auto complacencias de la intelectualidad que “pueden producir elocuentes cuerpos teóricos” pero que tienen alcance limitado porque están dirigidos y limitados al mismo círculo académico donde se produjo.

Los desarrollos teóricos y líneas de investigación de Eduardo no pueden encontrarse en un solo autor, ni en un libro, porque son el resultado del análisis directo de la realidad y de saber leer un sinnúmero de teorías y posturas epistémicas. Solamente su bibliografía de la asignatura Sociología Política consta de 123 fichas, entre libros, artículos y entrevistas. No obstante que tenía pleno manejo de todos esos cuerpos teóricos y posturas ideológicas, no las repetía, no se refugiaba en la bibliografía, no, él iba más allá, él realizaba un verdadero trabajo científico. Eduardo nos enseñaba a investigar investigando, nos hacía leer por nuestra cuenta, nos hacía escribir y escribir para irnos corrigiendo en el camino. Eso sí, nunca fue demasiado estricto, sabía cuándo exigimos pero sin obligarnos a hacer las cosas, sabía cómo y cuándo dejarnos para levantarnos por nosotros mismos.

Eduardo tenía vocación de profesor. Vocación casi ausente hoy en día. El ser profesor no es algo fácil de lograr, se requiere un gusto por la enseñanza y tener esperanza en los niños y jóvenes; pero también saber transmitir conocimiento, hacer que un grupo diverso de estudiantes aprehendan (hagan suyo) conocimiento que sintetiza múltiples y complejas inter-relaciones sociales. Ser profesor es uno de los oficios más importantes que ha logrado crear la sociedad, y sin embargo es uno de los más desvirtuados y castigados. A los verdaderos profesores se les llega a marginar de los espacios académicos e institucionales de mayor alcance, si no es que se les hostiga hasta hacerlos renunciar. Habrá que promover la vocación de profesor una vez más y siempre, porque todos estamos aquí gracias a profesores que nos dedicaron parte de su vida, que nos brindaron su experiencia y consejos, para que los verdaderos profesores no sean olvidados en vida y sólo sean apreciados cuando ya están ausentes.

Uno de los legados más trascendentes dentro del pensamiento latinoamericano que nos deja nuestro profesor es que nunca se limitó a estudiar las estructuras como mecanismos extra sociales, como si estuvieran en todos lados pero a la vez en ninguno. Rompía con la idea funcionalista de ver al Estado como una entelequia, porque pensarlo así es esconder la verdad. La verdad de que el Estado son grupos sociales localizables, reales, con intereses y poder específicos, con mecanismos de dominación y control que tienen efectos en las relaciones sociales

a varios niveles: desde las políticas económicas establecidas entre las cúpulas bancarias y políticas hasta la promoción de los aspectos más conservadores de la cultura popular por medio de la televisión o de las imágenes que refieren un alto nivel de vida que no se puede alcanzar pero que se nos hace creer alcanzable.

Eduardo sabía muy bien cómo moverse en los distintos niveles de profundidad de la realidad social. Conjugaba las políticas clientelares de todos los partidos políticos con el conformismo creado por el sistema educativo, la iglesia y los programas televisivos. Entendía que hablar de corrupción no es solamente una práctica que se refleja en cifras monetarias sino que es una muestra de la cultura antidemocrática promovida por el mismo sistema político. Eduardo añadía al análisis político y económico el análisis cultural, porque bien entendía que las relaciones sociales son una totalidad en la que los fenómenos que se encasillan bajo el rótulo de distintas disciplinas no están separados así en la realidad.

Las clases y escritos que Eduardo nos deja como recuerdo, como legado, como lecciones, como guías de interpretación, como uno de los más brillantes pensamientos críticos latinoamericanos a la par de Sergio Bagú, de Agustín Cueva, de René Zavaleta y de otros tantos, no pueden quedar como simples archivos en librerías o revistas. Para honrar a nuestro profesor no nos debemos limitar a repetir sus brillantes aportaciones científicas, debemos hacer lo que él logró hacer con esfuerzo, dedicación y siendo consecuente: interpretar la realidad para lograr síntesis de ella revelando la verdad por incómoda y conflictiva que pueda ser para muchos. Debemos lograr una integración académica regional en América Latina más allá de conferencias o encuentros periódicos; debemos lograr que nuestros aportes a la explicación del estado actual de dominación e injusticia lleguen a los ámbitos sociales que los necesitan y que no se queden en las auto complacencias intelectuales; debemos socializar el conocimiento, promover que los aportes de Eduardo y de todos los latinoamericanistas se sigan enseñando y transmitiendo a las nuevas generaciones; debemos impedir que los llamados “renovados” acaparen los espacios de discusión, de análisis y de divulgación científica.

Para terminar, quisiera recordar algo muy especial sobre nuestro profesor. En una de nuestras últimas clases en la sala del CELA, Eduardo nos hablaba de la noción de Masa Popular e hizo una pausa, volteó a ver la foto que ahí se encuentra de Sergio Bagú y nos dijo: “Era un excelente pensador, un excelente profesor, se preocupaba porque sus estudiantes entendieran bien las cosas y nunca rechazó a un alumno”. Esas palabras las dijo observando a Sergio Bagú con admiración, cariño y ojos de un alumno joven; pero mientras lo hacía quizá no se dio cuenta

de que nosotros pensábamos lo mismo de él, que lo veíamos con los mismos ojos, con la misma admiración, con el mismo cariño y que pensábamos lo mismo de él: de nuestro profesor Eduardo Ruiz Contardo a quien siempre esperaremos para nuestra clase de Sociología Política, a quien llevamos en el corazón, en el espíritu y en nuestro pensamiento crítico latinoamericano.

Sólo me queda decir ¡Gracias querido profesor Eduardo! ¡Gracias por abrirnos los ojos y el pensamiento! ¡Gracias por haber sido usted! Fue un honor tomar clase con usted y seguirá siendo un honor aprender de usted, leerlo, cuestionarlo, admirarlo y quererlo.

¡Gracias!

La muerte de un compañero excepcional

Rogelio de la Fuente,
el amigo chileno, el amigo doctor

La muerte de Eduardo Ruiz lejos de sus lugares, cerca de sus ideas, en medio de una gran consternación que convoca a este acto noble, nace en el corazón de los hermanos mexicanos y en la historia de su tradición. Así dicen las palabras de la tradición en este México que recibe al extranjero y le regala nueva vida para seguir teniendo pulso y pensamiento, continuar la que fue interrumpida y perdurar más allá de su muerte: “Aquí en el Mayab las almas perduran”.

Es que el Mayab derrama y cubre a todo México, y así los muertos nunca mueren porque la región del Mayab que está en toda la magnitud de su territorio tiene nido fundacional en la UNAM y en la nobleza de su ruta las almas grandes perduran.

Por eso tomo palabras de nuestro amigo Eduardo Ruiz Contardo para agradecer este reencuentro con el amor en su gestión, en su obra, en sus hijos y en sus madres, en sus compañeros de la docencia, en sus compatriotas del pasado común allá en el “Sur del Sur”,¹ en sus alumnos y en sus compañeros y camaradas del mundo sencillo y directo que le acompañó siempre.

¹ Gonzalo Rojas, *Sur del Sur*.

Amigos y compañeros lo vivieron pero, ¿cómo transmitirlo a los que vienen o vendrán llegando? Más que sólo la historia, deberá estar también la memoria del corazón que se orientó siempre por los caminos de la ciencia, la justicia, la igualdad y el socialismo.

Casi 50 años de amistad son muchos, se dice en tono admirativo, pero no bastan; si además lo son de camaradería son muchos más, y si tienen además de esa amistad y militancias el convivir exilios y transtierros, el tiempo es toda la vida.

Ha sido entonces medio siglo de vida navegando esa corriente oculta que es el internacionalismo, río ético y caluroso de “pan, techo y abrigo”, como se prometió alguna vez en el Chile de los treinta. Recuerdos como fotografías que guardan la imagen de los tiempos del olvido hasta que son redescubiertos por la vida o por la muerte.

Nos conocimos en el Partido Socialista (también algo en las “maternidades”), y mucho más en el Congreso del Partido en la ciudad de Chillán,² en donde lo esperábamos con impaciencia como uno de los representantes más lúcidos de los jóvenes de entonces. Eran los tiempos de las ideas jóvenes del socialismo, y Eduardo era un joven estremecido por los valores de la Revolución Cubana con su triunfante gesta de heroísmo y justicia, triunfante ante Estados Unidos.

Discrepábamos del compañero Allende, quizá, más que nadie, el defensor de Cuba y los cubanos, y que nos lo recordaba citando la dedicatoria del Che en uno de sus libros: “para el compañero Allende que por otros caminos busca lo mismo”, como lo demostraría con su ejemplo y con su vida.

De una manera diferente pero de un mismo corazón, Eduardo Ruiz también demostró, con su vida, que buscaba “lo mismo”, junto a los compañeros comunistas. De manera que perteneció a una generación que tuvo que asumir las responsabilidades de un gobierno popular sin precedentes en la historia, y en la cual el presidente Allende se apoyó con la seguridad y la confianza de sus altos valores y responsabilidades. Entre los más cercanos, Eduardo debió asumir una de las Rectorías de la Universidad de Chile, en esos días que no tenían horas ni minutos para hacer política de esas dimensiones, y al mismo tiempo cumplir con la urgencia de las tareas de la educación transformadora alargando la dimensión

² Pequeña ciudad del sur, centro histórico y folklórico de Chile de donde son los Parra —Viola y Nicanor— Bernardo O’Higgins, el “Padre de la Patria”, y otros.

del calendario (difícil de entender pero en verdad los minutos, los días y las horas duraban más, aunque el tiempo era cada vez más corto)... y todos cumplíamos.

De esas raíces compartidas con otras fuerzas patrióticas (Partido Comunista, Izquierda Cristiana, MIR, Mapu) surgió la “vía chilena al socialismo”, con su inmensa utopía que conquistó apoyo en todo el mundo, en una increíble y esperanzadora apuesta popular al destino independiente de los pueblos, no sólo del chileno, y el pueblo trabajador, muy originalmente los jóvenes, se incorporaron como un solo hombre para hacer y rehacer POLÍTICA (así con mayúsculas).

Floreció en el aire una fe y una esperanza, una suerte de energía que no sabíamos identificar en sus orígenes pero que era centro y latido de una nueva atmósfera que el poder trasnacional detectó precozmente y que el imperialismo no podía tolerar sin asfixiarse ni permitir posibles futuros de derrota.

Eduardo formó parte de la gran marcha que emprendió la mayoría nacional de Chile por alcanzar el socialismo sin guerra civil. Y no fue casualidad, sino un hermoso símbolo inicial, que el primer discurso del presidente electo Salvador Allende, en la noche del triunfo, lo dirigiera al país desde el local de la Federación de Estudiantes.

Como dije, eran los tiempos de las ideas jóvenes del socialismo, y entonces se postulaban las nuevas propuestas de un socialismo autónomo, de vocación latinoamericana, ajeno a las “internacionales”, marxista sin guiones agregados, y en términos de asumirlo (el marxismo) como instrumento para el conocimiento de la realidad y guía de acción, con la voluntad política de poder levantar y construir una República Democrática de trabajadores manuales e intelectuales, no sólo obrera, de tronco y ramaje democrático, que rechazaba la división y el reparto del mundo en zonas de influencia entre las grandes potencias. Se vivía pues un momento de intensa y rica discusión política, teórica, ideológica. Ante esto algunos se preguntarán: ¿Qué tiene que ver este cuento con Eduardo Ruiz? La respuesta es: mucho o todo, porque la juventud de entonces, adultos en el gobierno de la Unidad Popular, se formó en esa escuela de pensamiento y de acción.

La experiencia libertaria que representó “la vía chilena al socialismo” fue un peligroso ejemplo de poderosos efectos multiplicadores que el imperialismo percibió precozmente. Así, desde el primer día del Gobierno Popular, preparó todo su poderío y perversidad para aplastarlo, reemplazando el socialismo conquistado por la vía electoral, democrática y pacífica, por el nefasto neoliberalismo impuesto por las armas de la traición y la antipatria.

La sucesión histórica a partir del golpe militar que derrotó y destruyó al Gobierno Popular es conocida, y el Gobierno Popular cayó derrotado en la repetición antigua del asesinato de las ideas y los cementerios de pequeñas señales sin nombre sembrados por el crimen y la traición.

Derrotados por la traición nos ha tocado el destino de seguir viviendo sin olvidar, sin renunciar, y manteniendo vivos los valores que aprendimos en esa gran experiencia histórica. Unos compañeros más visibles, como Eduardo Ruiz, otros menos notorios, pero todos cumplimos el doble mandato de seguir siendo como éramos en el 73 y como somos en este 2011, que reclamamos el cumplimiento de las herencias y la construcción de las del futuro. Eduardo así lo hizo desde el prestigioso Centro de Estudios Latinoamericanos, en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Asociación Salvador Allende y en la comunidad de chilenos con el mismo origen, alcanzando sus grandes alturas académicas y humanas. Hablar de Eduardo Ruiz es hablar de Chile, y hablar de Chile es hablar de su gestión política, es hablar del compañero y amigo, y del educador latinoamericano, y es hablar del México solidario, generoso y fraterno.

Eduardo Ruiz Contardo cumplió a conciencia esos recorridos políticos y académicos junto a sus compañeros de la UNAM y del CELA, que son nuestra familia americana, y nos hereda esas imágenes que siguen vivas especialmente para los compañeros de sus dos patrias: México y el nuevo Chile, país empresa que vende lo que no debe y compra lo que siempre fue de otros orígenes, de otros lados, postergando lo propio.

Ah..., pero antes de encontrarnos en el Partido Socialista, nos conocimos cuando estudiantes en la Universidad, en la Federación de Estudiantes de Chile (de histórica gestación política democrática y de izquierda desde su fundación). A la vez que estudiábamos, cumplíamos con las tareas partidarias en el frente estudiantil y en las poblaciones. Se había convocado a Congreso General en condiciones de gran interés ideológico, y como señalé antes, donde se promovían las nuevas propuestas de un socialismo autónomo y de vocación latinoamericana, por sus aportes innovadores a la teoría y una práctica moral consecuente.

El Partido Socialista vivía pues un momento histórico de intenso quehacer ideológico, teórico y político, y una generación joven, la de Eduardo, asumía y cuidaba la herencia recibida.

De nuevo algunos se preguntarán que tiene que ver todo este cuento con Eduardo Ruiz, y vuelvo a decir: mucho o todo, porque desde adolescente comprometió su destino contra la injusticia y la desigualdad en una conducta que también enriqueció como Vicerrector Universitario, como educador, como camarada y como dirigente destacado del Gobierno Popular.

Eran los tiempos en que los jóvenes asumían la responsabilidad de recibir una herencia política que había que convertir en una práctica exitosa que culminara con la conquista de esa República Democrática de trabajadores manuales e intelectuales, en los mismos tiempos de la victoria cubana sobre el imperialismo que sacudía al mundo y en especial a los jóvenes.

Chile, por su parte, mostraba una curiosa historia sensible a los ensayos electorales de cambio en el campo internacional: Frentes Populares que la URSS propuso para atajar el fascismo y que sólo triunfaron en Francia, España y Chile; la Democracia Cristiana del Vaticano para atajar al Partido Comunista de la posguerra que sólo triunfa en Venezuela, Italia y otra vez en Chile; la Alianza para el Progreso de los yanquis que no se impone en ninguna parte, y después la más avanzada de todas con la “vía chilena al socialismo”, tan estimada y esperanzadora en todo el mundo.

Tres años después, el golpe militar asesinaba implacablemente a todo chileno sospechoso de haber participado en la obra social y comunitaria, y centenares de jóvenes, en especial comunistas y socialistas, cayeron asesinados en cumplimiento de las instrucciones del ministro Kissinger, Premio Nobel de la Paz. Se destruyó sistemáticamente la obra del Gobierno Popular, se amputaron las manos de obreros y pintores, se destruyeron oídos y gargantas de los que cantaban, se rompieron las partituras, se emputeció el pan nuestro de algunos días y se borraron las esperanzas populares de todos los días. Los que salvaron la vida mediante el asilo, como Eduardo Ruiz aquí en México, la han dedicado a cumplir ejemplarmente con sus deberes de asilados y a mantener vivos los principios de justicia, igualdad y fraternidad, y hemos tenido la suerte de vivir en una sociedad solidaria y generosa que nos considera hermanos. Por eso mantenemos viva la esperanza en nuestros pueblos chileno y mexicano, y en las enseñanzas recibidas de compañeros ejemplares, como Eduardo Ruiz, un maestro talentoso, un gran educador, un luchador social que escogió ser chileno-mexicano y mexicano-chileno a la vez, es decir, un latinoamericano.

Hermanos mexicanos, agradecemos emocionados este acto generoso, porque como dirían en el Mayab: *¡Eduardo Ruiz no ha muerto, su alma perdurará!*

La muerte de un amigo

Marcos Roitman,
el amigo chileno, profesor e investigador
en la Universidad Complutense de Madrid

La muerte de un amigo siempre nos pilla a traspiés. Pero en este caso la noticia de la desaparición de Eduardo Ruiz tiene un añadido: supone una pérdida irreparable para el pensamiento social latinoamericano y la sociología chilena.

Cuando despertaba a la vida política, en plena época de la Unidad Popular y del gobierno de Salvador Allende, cayó en mis manos un libro editado por Editorial Quimantú. Su lectura se transformó en obligatoria para conocer la realidad que vivía Chile. Su título: *Génesis histórica del proceso político chileno*. Tres eran sus autores: Enzo Faletto, Hugo Zemelman y Eduardo Ruiz. El golpe lo llevó, como a muchos, al exilio. Sólo por este trabajo debe ser considerado uno de los grandes. Lo conocí en mi primer viaje a México, en 1979; desde entonces perduró una amistad sólo rota con su muerte y la lejanía de mi residencia en Madrid. Hoy, quisiera mandar un mensaje de aliento a toda su familia y sumarme a las manifestaciones de pesar por su muerte. Eduardo Ruiz vivió sin buscar los oropeles de la academia, dedicado en cuerpo y alma a la docencia y formación de generaciones de latinoamericanistas. Ellos, seguro, continuarán su labor.

Eduardo Ruiz: un testimonio y un recuerdo

Theotônio dos Santos,
el amigo brasileño,
coordinador de la cátedra y red ONU-UNESCO
“Economía global y desarrollo sustentable”

Eduardo Ruiz se caracterizó siempre por su modestia. Militante socialista muy próximo a esa figura fantástica de la izquierda chilena que fue Clodomiro Almeyda, no buscó ninguna figuración en el gobierno de la Unidad Popular. Continuó sus actividades académicas en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile y su militancia en el Partido Socialista, sin exigencias ni pretensiones. En el exterior, como exiliado y aun cuando hubiera podido volver a Chile, se mantuvo en sus actividades académicas, sin participar en ese proceso de concesiones a la derecha que fue la Concertación.

De todos los momentos que pasamos juntos me acuerdo de su preocupación permanente por las articulaciones políticas y, sobre todo, con mucho cariño, de su discreta demostración de gusto por el poder sin pretensiones en la Embajada de Panamá, cuando estábamos exiliados (por cierto, en mi propia casa que presté a la Embajada). Éramos más de 300 exiliados, primero en los 100 metros cuadrados del local de la Embajada, y luego en los 200 metros de mi casa que todavía no habitaba, pues recién la había comprado. En el caos de estos días dependíamos principalmente del abastecimiento externo para nuestras necesidades. Eduardo se las arregló y consiguió controlar la entrada y la distribución de los cigarrillos que los parientes y amigos compraban para sus conocidos. Era el poder extremo en la Embajada, pues los viciosos eran muchos, y como siempre obcecados por mantener su vicio, sobre todo en una situación tan desesperada. Eduardo decidía su suerte: cuándo y cuánto podían fumar según principios igualitarios que en tales circunstancias son siempre fuente de peleas que él consiguió evitar preservando la paz... Era una ocupación que ejercía con un toque de humor y gozo por el poder que disfrutaba gratuitamente; era una forma de esparcimiento en medio de tanto sufrimiento y desesperación de quienes desconocían qué les reservaba el futuro, de esas que relajan los ambientes tensos...

Son muchos los amigos que se van. Vengo ahora de un restaurante que frecuentaba mi gran amigo Darcy Ribeiro y me senté al lado de una enorme fotografía de él, que murió en 1997. Años terribles en que murieron Betinho (Herbet de Souza), Ruy Mauro Marini, Paulo Freyre, Florestan Fernandes y tantos otros amigos, aunque ya no bajo tortura como en los años sesenta y setenta, cuando era la forma más común de morir. Así se van yendo los compañeros y nos vamos quedando solos, cada vez menos, muy pocos, como testigos de toda una época... Un testimonio y un sentimiento de nostalgia...

A sus hijos, familiares, amigos y colegas universitarios

Darío Salinas Figueredo,
el amigo chileno, profesor e investigador
de la Universidad Iberoamericana

Todavía cuesta imaginarse que Eduardo Ruiz ya no estará más con nosotros. Su desaparición física embarga de un profundo dolor a la comunidad latinoamericana de científicos sociales. La comunidad chilena y la mexicana en particular. Chile, su país de nacimiento, y este México, su otro país por adopción después

del exilio. Decir México es pensar concretamente desde esta Universidad, desde este Centro de Estudios Latinoamericanos que le abrió sus puertas, siempre generoso y solidario con el pensamiento crítico que fue el horizonte intelectual de Eduardo Ruiz.

Hablar de Eduardo Ruiz es recordarlo en la simultaneidad de esas dos dimensiones activas que fueron en él una sola pieza, dos dimensiones que nunca estuvieron yuxtapuestas, sino que a lo largo de su vida constituyeron un solo núcleo: el trabajo académico y el trabajo político.

Era yo un estudiante de sociología en Chile cuando conocí al profesor Eduardo Ruiz Contardo. Transcurría apenas el segundo año de aquella experiencia de la Unidad Popular cuando fue elegido para ocupar la Vicerrectoría de la Universidad de Chile en la Sede Oriente. Lo puedo ver en la distancia junto a Enzo Faletto y Eduardo Amui. En su nombramiento para ocupar aquella responsabilidad en la Universidad de Chile, se plasmaban los méritos académicos y la confianza en un intelectual comprometido profundamente con la construcción de un Chile diferente bajo el gobierno de Salvador Allende. No está de más enfatizar, al evocar a Eduardo Ruiz, su militancia en el impulso de aquella experiencia, la de la Unidad Popular con Allende a la cabeza, que fue la experiencia programática del siglo pasado que más cerca estuvo de las transformaciones sustantivas de la sociedad capitalista en Chile.

El golpe de Estado hizo que años más tarde, ya en México, compartiéramos preocupaciones y responsabilidades en la Casa de Chile. Importante lugar que se erigió con el apoyo de México, que había roto relaciones con la dictadura, en una suerte de embajada para las actividades culturales, políticas y diplomáticas en función de la solidaridad con Chile. Cuando menciono a la Casa de Chile, primero en Avenida Universidad y más tarde en la calle de Mercaderes, veo en el vivo movimiento del recuerdo junto a Eduardo Ruiz, a Hugo Vigorena, a Galo Gómez, a Sergio Méndez Arceo, a Gonzalo Martínez Corbalá, a Pedro Vuskovic, a Pablo González Casanova, entre otros. En esta senda encuentro a Eduardo Ruiz cuando ocupa más tarde la presidencia de la Asociación Salvador Allende en México. En ese periodo le cupo la responsabilidad de organizar las actividades conmemorativas del Centenario del natalicio de Salvador Allende, hace apenas tres años.

Un trazo que no puede ser omitido en la vida de Eduardo Ruiz tiene que ver con el socialismo chileno, que como pensamiento y proyección política es mucho más que una burocracia partidaria. Hablar del socialismo chileno es hablar de aquel

portentoso proyecto popular que como movimiento de masas, de ideas anticapitalistas y de unidad latinoamericana recorrió gran parte del siglo pasado y que se plasmó en el pensamiento y la acción de Salvador Allende.

Eduardo Ruiz perteneció a ese caudal de pensamiento y de acción. También perteneció a esa escuela dolorosa en el aprendizaje de la derrota, a conocer mejor el entramado de la conspiración enemiga forjada desde Washington. Más tarde vendría la llamada recuperación de la democracia: “democracia reconquistada, pero sin dirección popular”, diría Eduardo Ruiz en un trabajo publicado por Pablo González Casanova y Marcos Roitman en 1992. No estaba errado. Era precisamente esa forma de transición arrastrada, pactada y sin horizontes de transformación la que se había adueñado de la política chilena para hacer a un lado a la dictadura. Veinte años de transición para presenciar, el 16 de enero de 2010, un espectáculo ominoso: cómo una mandataria con la más alta simpatía nunca antes vista entregaba la banda presidencial a su sucesor, un presidente de derecha para gobernar a Chile desde La Moneda. Con ese acto se consagraba la operación de alternancia como conceptualización conservadora de la democracia, otro “paradigma” de exportación derivado del modelo chileno.

No podríamos dejar de destacar otro ángulo importante en la trayectoria intelectual de Eduardo Ruiz: su visión profundamente latinoamericanista. Muchos de los que estamos en esta sala podemos atestiguarlo y revalorarlo en su dimensión más proyectiva. Por eso lo recordaremos en la Asociación Latinoamericana de Sociología, a la que le brindó en tramos importantes de su historia valiosos aportes en el impulso de grupos de trabajo. Lo recordaremos, en esa misma perspectiva latinoamericanista, en sus reflexiones oportunas sobre el acoso de que es objeto Cuba, con todo lo que ello significa para ese país, para los valores de la soberanía y la autodeterminación en esta región latino-caribeña.

La huella académica, intelectual y política que Eduardo Ruiz deja en todos aquellos que tuvimos el gran privilegio de ser sus alumnos, sus colegas, sus amigos, es tan grande como el enorme vacío que su desaparición física nos produce. La riqueza de su legado nos acompañará siempre en nuestras vidas y en nuestro compromiso universitario. Sentimos su partida y celebramos la memoria entrañable de su persona y de su vida fecunda.

Elegía a Eduardo Ruiz

Juan Agulló,
el amigo y discípulo español.

Conocí a Eduardo Ruiz en 1997. Yo llegaba de Europa, de especializarme en América Latina en las mejores escuelas. Arrastraba una arrogancia que Eduardo, a base de pausadas e interminables conversaciones, fue cincelandando. Él me enseñó que Nuestra América, y por ende, toda sociedad, debe ser comprendida –como decía León Felipe– *desde la altura misma del hombre* (y de la mujer). Va por ti, Eduardo.

Todo comenzó en Chillán, al sur de Chile, lejos, muy lejos de aquí.

En el mundo del fin del mundo, Eduardo vino al mundo en plena crisis, entre los rescoldos de la República Socialista de Chile, la primera de América.

Escuchó hablar en español de España (que sonaba muy pulcro, que sonaba muy raro) a personajes de nombres absurdos y apellidos comunes. Viejos militantes de voces roncadas, alpargatas de esparto y espíritus adustos, a los que su padre, un ilustre abogado frustrado por no haberse podido enrolar en las Brigadas Internacionales, recibió, primero en puerto, y después en el salón de su casa. Molinos de viento.

Winnipeg. ¡Qué recuerdos!

¡Qué carácter!

¡Qué espíritu!

¡Qué osadía!

¿Quién le iba a decir que, muchos años después, él también terminaría siendo un *-ista* en busca de asilo?

... ¿y quién le iba a decir que su exilio sería en México?

– ¿México? ¿Quién dijo México? ¡Me suena México!

“México” es el nombre de una escuela de Chillán en la que David Alfaro Siqueiros, nuestro muralista, pintó –en 1941– un hermoso fresco llamado “Muerte al invasor”.

¿Saben quién llevó a Siqueiros a Chillán? Pablo Neruda.

¿Y saben de quién era amigo Pablo Neruda? Del papá de Eduardo.

¿Y saben quién organizó el viaje del Winnipeg, cargado de republicanos españoles, hasta Chile? Pablo Neruda.

¡Todo cuadra! Eduardo llevaba la rebelión y el exilio en las venas: rebelde e iconoclasta; inconformista de cuna y sociólogo de profesión.

¿Se imaginan cuánto debió soñar Eduardo frente al mural de Siqueiros, allá en Chillán, en la Biblioteca de la Escuela México construida, por cierto, con un dinero enviado por Lázaro Cárdenas?

Probablemente la mente de Eduardo viajó tanto por aquellos 249 metros como durante la adolescencia, al contemplar las películas de su admirado Humphrey...

... sí Humphrey Bogart, el de ‘Casablanca’ y ‘El halcón maltés’; el que, al enamorar a Ingrid Bergman en la pantalla se convirtió en la envidia, en el emblema, en la secreta ilusión de todo adolescente chileno: de ciudad o de provincia, de derechas o de izquierdas...

¿Duda alguien, acaso, que fue en aquellos años y con aquellas imágenes cuando se forjó el Don Juan de mirada coqueta, voz grave y conversación amena que siempre fue Eduardo?

Más importante, ¿duda alguien acaso de que también por aquel entonces comenzó a despuntar el latinoamericanista convencido y el militante de ideas firmes que siempre fue Eduardo?

... porque muy pronto llegó el Partido... y el Partido junto a la sociología fueron las únicas constantes reales de su vida pública, su verdadero compromiso... ¿Y su himno? La Marsellesa.

Eduardo comenzó, empero, por el derecho –como su padre–, pero lo que realmente le preocupó siempre fue entender a Chile –o mejor, al ser humano– para

cambiarlo. Comprender y hacer comprender por qué había fallado el experimento de la República Socialista, pero también por qué era posible volver a intentarlo: se trataba de detectar las raíces, los fulgores, las complicidades...

Eduardo iba y venía, hablaba y reflexionaba. No era un sociólogo al uso, encerrado en su esfera de cristal, pero tampoco un político a los que ahora estamos acostumbrados. Estudiaba, pesquisaba, escuchaba, revisaba, escribía... Tenía una pausada hiperactividad cerebral. Durante mucho tiempo la máquina de escribir fue su vida, prácticamente una extensión de su cuerpo; el apéndice por el que sus ideas se escurrían hacia el mundo.

La Revolución Cubana supuso, como en mucha gente de su generación, un punto de inflexión. La constatación palpable de que construir el socialismo en América Latina era posible, pese a lo que opinasen los doctrinarios y acartonados exégetas del marxismo en la Vieja Europa.

La Revolución Cubana marcó, de hecho, un antes y un después en la vida de Eduardo. Él fue allá enseguida, como joven delegado universitario..., y nunca lo olvidó. Eduardo siempre habló con cariño de Cuba y de lo que significaba construir un país “desde la nada”... Cuba fue su ejemplo, su inspiración, su espejo...

De regreso a Chile estudió sociología, probablemente, la mejor decisión que tomó en su vida. Tuvo grandes profesores que confluyeron en la CEPAL y que contribuyeron a dotar a su pensamiento de una orientación desarrollista que enriqueció, sin duda, sus principios y sus valores socialistas.

Aquellos años de formación Eduardo siempre los recordó con dilección: sus largas tardes, analizando la primera propaganda socialista llegada a Chile, en los archivos de un ilustre senador conservador; sus idas y venidas en tren, Cordillera arriba, Cordillera abajo, hasta llegar a su Buenos Aires querido, e incluso su viaje a París en pleno 68, para doctorarse...

¿Vivió el Mayo francés?

No, Eduardo tenía cosas mejores que hacer: el proyecto de Salvador Allende para Chile ya latía y él no perdió ni un minuto, a los pocos días del estallido emprendió rumbo a Chile: su Norte.

... y vivió el proceso de construcción (y de crecimiento) de la Unidad Popular... y lo hizo desde la Universidad.

... y trató de defender el proceso, a capa y espada.

Él siempre supo que allá en Chile se estaba cocinando algo importante. Su barómetro era la participación popular, el entusiasmo de las masas.

Pero estábamos en plena Guerra Fría...

... y Kissinger intervino en defensa de su 'hijo de puta'.

... y Eduardo no se arredró: primero se dedicó a ayudar a compañeros, y cuando vio que el Pinocho iba en serio se refugió en la Embajada de Panamá, primera etapa de un largo viaje.

Cuenta Theotônio dos Santos que ya en aquella Embajada Eduardo mandaba: repartía los cigarros... y la comida, para que no hubiese quienes tuviesen más y quienes tuviesen menos. A veces imponía, a veces negociaba, pero siempre velaba por sus compañeros...

... y siguió velando por ellos, cuando de la Embajada de Panamá pasaron a la Panamá real, la de Omar Torrijos...

... y Eduardo siguió mandando y ocupándose de sus compañeros: él fue uno de los interlocutores de Torrijos... y en sus largas conversaciones el General le repetía que ellos intuían –desde hacía tiempo– que se larvaba un Golpe en Chile: el Canal delataba a los gringos. Y Eduardo, dentro de la desgracia y el dolor del exilio, se adaptaba y disfrutaba de esas conversaciones con un poder extraño, ajeno a la estructura de partidos, en la que él se había formado en Chile...

... y conoció la Panamá rural, porque a los chilenos los tenían confinados. Tuvo que buscarse la vida y contribuir a buscar la de sus compañeros: comida, ropa hurtada a comerciantes indios y documentos...

Documentos de identidad conseguidos en una palapa, cerca de Colón, por un puñado de dólares...

El Eduardo de los bajos fondos, el Eduardo de acción, el Eduardo del exilio que se adaptaba a los despachos, y cuando era necesario a la calle.

Eduardo el latinoamericanista.

El que prefirió venir a México antes que exiliarse en París.

El que llegó a un CELA naciente, que comenzó a poblarse de cabezas pensantes de toda América Latina. El que dirigió al CELA y a Sociología. El que le dio un impulso latinoamericanista y un toque crítico y riguroso a todo aquello en lo que participó.

Una vez que se exilió, Eduardo ya no tuvo más patria que la Patria Grande. Porque para volver a Chile había que comprender la neo-ligarquización en marcha y centrarse, desde luego, en América Latina.

Ser actor, ser enlace. Participar, proponer, teorizar. Formar e informarse.

Apoyar experimentos como el de Nicaragua; promover propaganda en contra del hijo de puta de Kissinger; contribuir a sacar a compañeros desde Chile, e incluso tener tiempo para conseguirse, en plena dictadura, un pasaporte en el consulado chileno de Río de Janeiro.

Eduardo, el misterioso; Eduardo, el desconocido; Eduardo, el tipo honrado, el que sabía lidiar con un poder que no deseaba para sí mismo; Eduardo, el que nunca quiso saber de concertaciones; Eduardo, el forjador de generaciones; Eduardo, el ávido lector de periódicos, siempre inquieto, siempre alerta.

Eduardo, el crítico del neoliberalismo. Aquel que siempre enfocó la realidad social a partir de la exclusión. El que podía pasar horas hablando, conversando. El que no entendía la enseñanza sin aprendizaje ni el aprendizaje sin enseñanza. El director de tesis. El forjador.

El que miraba hacia Venezuela con simpatía. El que detectaba en Chávez las aptitudes oratorias que él había descubierto en Fidel en los años sesenta y en la oposición, reminiscencias pinochetistas.

Eduardo, el que bailaba, Eduardo el que comía, Eduardo el que se inclinaba por la homeopatía...

Eduardo, el que todavía hace unos pocos años era capaz de llegar en un taxi destartado a una elegante recepción en casa del embajador de la India en Caracas.

Eduardo, el que nunca escuchaba su celular. El que manejaba una vieja camioneta, cansada de hacer kilómetros. Eduardo, el agricultor. Eduardo, el conversador. Eduardo, el lector.

Eduardo, el que nos legó un mensaje de optimismo: otra sociología es posible; otra América Latina es posible.

Te queremos maestro. Gracias y hasta la victoria ¡siempre!

Querido y admirado don Eduardo Ruiz Contardo

Adolfo Hou Kun Lee,
el alumno de Taiwán,
asesor especial del Comité Municipal
del Partido Progresista Democrático,
mayor partido de oposición en Kaohsiung

Ante todo, agradezco muchísimo la invitación al homenaje al Dr. Eduardo Ruiz Contardo que me hizo llegar nuestra querida Martha Guzmán, a quien siempre le respetamos mi esposa Jacinta y yo como hermana mayor nuestra. En la imposibilidad de trasladarnos hasta la Ciudad de México para participar personalmente en los actos de homenaje a don Eduardo Ruiz Contardo, es para nosotros un gran honor hacerles llegar, a través de estas breves líneas, nuestras más profundas condolencias a esa ceremonia de reconocimiento a quien es, sin lugar a dudas, una figura de indiscutible dimensión intelectual y moral.

Mi primer encuentro con don Eduardo tuvo lugar en los inicios de diciembre de 1996 en la Ciudad de México, en su despacho en el primer piso del edificio donde está ubicado el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). En esa época, el profesor Eduardo era el coordinador del Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Al conocerlo en su despacho de inmediato fui cautivado por el modo natural y franco del trato a un formosano (taiwanés) desconocido. En esa ocasión, me sorprendió mucho su acento de español, me di cuenta de que él no era mexicano sino argentino o chileno. En especial, me impresionaron muchí-

simo sus sonrisas amables como las del “Dios de la Risa”, una figura legendaria que siempre aparece en la cultura formosana (taiwanesa), también una de las deidades más importantes en la Isla Formosa (Taiwán) que representa al “Dios de la Riqueza” o llamado “Chaei-Shen-Ye” para el pueblo formosano. Muy generosamente, él me regaló dos libros que cuentan con escritos suyos, tratando de que yo profundizara mis conocimientos sobre América Latina para ayudarme a aprobar el examen de ingreso al doctorado en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos.

Por fortuna, al ingresar al posgrado tuve oportunidad de leer varias de sus obras a lo largo de mis estudios e investigaciones sobre los temas latinoamericanos. Desde entonces yo entablé una amistad con Eduardo, que se alimenta de mi estima por sus dotes personales. Considero que su extraordinaria contribución a la causa latinoamericana le merece el reconocimiento de un ilustre maestro de latinoamericanistas.

Deseo de todo corazón, que la brillante trayectoria del distinguido y admirado don Eduardo Ruiz Contardo, continúe inspirando y estimulando a todos los que se interesan por los estudios latinoamericanos no sólo de la región sino también de lugares tan lejanos como Formosa (Taiwán).

¡Que descanse en paz!

Que su alma vuele al “Paraíso del Mundo Occidental” (Mundo de Budas /西方極樂世界: Si-Fan-Chi-Lei-Shi-Che)! 阿彌陀佛 (O-Mi-Tou-Fou)!